

Presentación

Varias sesiones de nuestro Seminario de Estudios de la Significación fueron dedicadas a explorar un tema que se constituyó en núcleo de interés en virtud del lugar primordial que ocupa en la reflexión sobre la constitución misma de la significación y, por ende, en la conformación del sujeto: el proceso de percepción.

Este retorno a las fuentes que hizo remontar nuestras indagaciones hasta la revisión de las bases sobre las que se sustentan los estudios acerca de la significación, es expresión no sólo de las preocupaciones presentes en el Seminario, sino también del giro que la Semiótica contemporánea ha dado al volver la mirada sobre la experiencia sensible, fundamento de toda discursividad.

Abordar *la percepción puesta en discurso* fue la tarea que convocó a quienes colaboran en esta segunda entrega de *Tópicos*. Hemos decidido abrir el volumen con el trabajo de Luisa Ruiz Moreno, "Procesos de perceptivización" pues el texto explicita, desde el comienzo, los posibles modos de hablar de la percepción, y luego, se instala en una perspectiva fundamental para comprender cuál es el lugar de la percepción en la economía general de la constitución de la significación. Tal perspectiva implica no remitirse a discursos que ponen en escena actos perceptivos sino antes bien tomar en consideración cualquier discurso y observar que para que éste se constituya es imprescindible el pasaje a través no sólo de los procesos ya reconocidos de actorialización, temporalización y espacialización, sino

también a través de un proceso de construcción de un campo de presencia o perceptivización.

Situado en este ámbito y con el propósito de explorar el plano sensible del propio discurso, Claude Zilberberg ha emprendido la tarea de estudiar sus componentes prosódicos. En su colaboración para este volumen “Sémiotique de la douceur”, el autor se detiene sobre una unidad lexical (la suavidad) para mostrar, a través de un análisis fundado en el esquematismo tensivo, que la intensidad, en otros términos, el afecto, rige la otra dimensión de la significación, la extensidad (compuesta por la espacialidad y la temporalidad). Este predominio de la intensidad (esto es, del *tempo* y la tonicidad) en la conformación del significado conduce a postular la necesidad de constituir una gramática prosódica.

La reflexión sobre la percepción trae a la escena la clásica segmentación de los sentidos, de entre los cuales, la visión ha gozado de un privilegio particular. Rastrear el origen de este privilegio es el propósito de César González en “La mirada y el nacimiento de la filosofía”. Después de reconocer la presencia predominante de la visión más allá incluso del mundo griego, la argumentación —apoyada en fuentes etimológicas— conduce a un posible encuentro entre el papel del ejercicio de la contemplación de los astros practicado por las civilizaciones antiguas, el deseo y el surgimiento de la especulación filosófica.

La construcción de la sensibilidad ha sido, entre tantas otras, tarea de los textos. Las narraciones evangélicas exponen, de manera enfática, una forma de la sensibilidad que ha impregnado nuestro imaginario y la ha tornado imagen canónica del sujeto. Estas observaciones nos permite hacer el minucioso análisis de un pasaje de los evangelios realizado por Raúl Dorra en “El sujeto como agonía”. El detenimiento en ese breve texto, que es una narración pero, sobre todo, representación escénica y descripción de un estado del alma, muestra el lugar que ocupa la percepción en la constitución de un sujeto que no puede concebirse sino como agónico.

En el universo de los textos, aquellos que asumimos como literarios parecen haberse esmerado en ofrecer sutiles imágenes de la compleja conformación de quien percibe y de lo percibido. La advertencia de la inevitable inclusión del *percipiens* en el *perceptum* ha obligado a atender al acto perceptivo como lugar de emergencia tanto del sujeto como del objeto. Esta consideración ha permitido a Guillermina Casasco realizar en “El texto, testigo de la mirada” una cuidadosa lectura de “El testigo”, de Jorge Luis Borges, y mostrar a través de esta mirada proyectada sobre el relato —y que el propio relato aloja— el eslabonamiento sin fin de búsquedas incolmables que articulan esas frágiles e impercederas funciones de sujeto y objeto.

El lugar acordado a la percepción en el dominio de los estudios semióticos vuelve a activar una discusión enraizada en el pensamiento fenomenológico: ¿en qué se sustenta la forma percibida?, ¿es la significación una organización autónoma e independiente de la materia que la ha motivado? Jean Petitot ha retomado desde hace largo tiempo estos interrogantes y ha desarrollado una perspectiva naturalista de la significación. El texto que aquí presentamos “Las nervaduras del mármol” argumenta en favor de una concepción genética de la forma, en el sentido en que su constitución depende de la propia organización de la materia. Tal concepción entraña volver a reflexionar sobre el umbral entre la materia y el espíritu, entre la naturaleza y la cultura. Su postura, un tanto alejada de la que subyace en los otros trabajos aquí reunidos, reabre la discusión acerca de la relación entre génesis y estructura, y, en última instancia, reenvía a la siempre problemática articulación entre materia, sustancia y forma.

Nuestro Seminario ha querido incidir en esta discusión y ha asumido como uno de sus próximos temas a tratar en el año que se avecina el que hemos enunciado precisamente así: “Materia, sustancia y forma”, tal como se anuncia en el programa anual de sesiones incluido en el presente volumen.

Damos inicio en este segundo número a la publicación de “Noticias del Fondo Greimas de Semiótica”, cuyo objetivo es no sólo dar a conocer a nuestros lectores el acervo que este Fondo —incorporado al Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de nuestra universidad— contiene, sino también ponerlo a disposición de investigadores especializados en la materia.

Llegada la hora del lector, nos hacemos a un lado para que su recorrido por estos textos ilumine otros ángulos, descubra otras significaciones, en fin, realice su imprescindible tarea para que la nuestra cobre su pleno sentido.

María Isabel Filinich